



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2004

EDICION 31

XAVIER VILLAURRUTIA EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1903 - 2003)

Mtro. José Javier Villarreal
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Nuevo León

*En recuerdo a Elías Nandino,
porque Xavier se escribe con X*

Xavier Villaurrutia (Ciudad de México, 1903-1950) escribió a cuenta gotas en los varios géneros que frecuentó. A excepción, cabe advertir, de su labor como dramaturgo donde lo abundoso -sea dicho de paso y con la inseguridad de lo que no se ha vuelto a visitar- no compensó la cuantía de la expresión conseguida. Sin embargo, en la crítica le debemos la primera gran revaloración, a partir de una inteligente y amorosa lectura, de la obra poética de Ramón López Velarde. *El león y la virgen*, además de ser una exacta radiografía del ritmo sentimental del poeta, del “viudo oscilar del trapecio”, es también una imprescindible antología de la obra lírica del autor de *La suave patria*. Si cada época ha de rendir testimonio de la lectura que hace de sus poetas por medio de una selección de la obra de los mismos; ésta, con respecto a Ramón López Velarde la realizó, en los años cuarenta, Xavier Villaurrutia. Aunque su prólogo se publicó de manera autónoma desde 1935.

También está su memorioso y bien ordenado ensayo introductorio

a la *Antología de la poesía moderna en lengua española: Laurel*. Antología que realizara en colaboración con Emilio Prados y con los jóvenes Juan Gil-Albert y Octavio Paz; y que publicara, en 1941, José Bergamín en su editorial Séneca. En dicho ensayo Xavier Villaurrutia, de manera sucinta, traza las líneas fundacionales de la poesía moderna en lengua española. Es impresionante su claridad para ver el origen de la bifurcación de los senderos de la poesía peninsular y de la americana, en lengua española, cuando apunta:

las oscilaciones entre lo popular y lo individual -característica de la poesía española de todos los tiempos- se hace presente en los poetas españoles, mientras los poetas americanos -los mexicanos sobre todo- mantienen su poesía lejos del contacto de lo popular; o ensayan con inteligencia -los argentinos sobre todo- una transfusión de elementos castizos y criollos en la poesía.

Bifurcación que hoy, a principios del XXI, se antoja un abismo, y no sólo en el quehacer, sino en la tradición que solventa ambas expresiones poéticas. Baste mencionar la poesía "de la experiencia", por parte de España, y la "neobarroca", por parte de iberoamérica. Pero Xavier Villaurrutia, ajeno -tanto en el tiempo como en el espacio- a estas nomenclaturas, finalizaba su introducción a *Laurel* con una cita de Paul Valéry sobre la naturaleza de la poesía. Y no sólo Paul Valéry, también T.S. Eliot será otra de sus brújulas para recorrer los intrincados y apasionantes territorios de la reflexión poética.

Entre los meses de abril y julio de 1936 Xavier Villaurrutia mantiene una intensa y cordial correspondencia con su amigo Salvador Novo. El motivo es un viaje y una estancia en los Estados Unidos donde realizará estudios de dramaturgia en la Universidad de Yale, con su también amigo Rodolfo Usigli. Las cartas se suceden con esa ávida frescura del que se entrega al cultivo vital de su desbocada curiosidad intelectual. Por intelectual entiendo tanto las razones y necesidades del alma como las del cuerpo, ya que sin esta fusión no hay apasionamiento. Sin apasionamiento no hay imaginación, y sin imaginación no hay, por ejemplo, erotismo. Xavier Villaurrutia, durante su viaje, se expone al teatro, al cine, a la literatura, a los *night clubs*, y para nosotros -sus lectores- realiza, gracias a su anfitrión y amigo Agustín J. Fink, su decisiva visita a la ciudad de Los Ángeles que lo llevaría a escribir ese hermosísimo poema del *Nocturno de los ángeles*: "Los

Ángeles no tiene belleza -le escribe a Novo en una de sus cartas- sino en la noche irresistible. Los *night clubs* son preciosos y en ellos descanso, bebiendo cerveza antes de emprender una nueva ascensión al cielo de mi cuarto, en el noveno piso. Cuando crees que esa ascensión será la última de la noche, una tentación, una nueva oportunidad. No sé de qué color es el sueño de Los Ángeles, sólo sé que éstos son azules." Hasta aquí la carta. Luego vendrá el poema a trastocarlo todo, a cantar ese mundo real -vivido o soñado- que la imaginación ya estaba padeciendo:

Sonríen maliciosamente al subir en los ascensores de los hoteles
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;
signos, estrellas y letras azules.
Se dejan caer en las camas, se hunden en las almohadas
que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.
Pero cierran los ojos para entregarse mejor a los
goces de su encarnación misteriosa,
y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los mortales.

Así termina el poema que se publicó el primero de diciembre de 1936 en una *plquette* de cien ejemplares por ediciones de Hipocampo, impresa por Miguel N. Lira en los Talleres Fábula. Poema que incluiría su autor en su ya canónico libro *Nostalgia de la muerte* que fuera editado en 1938 por la mítica Editorial Sur de Buenos Aires. La de Borges, la de Bianco, la de Bioy Casares, la de Victoria y Silvina Ocampo. Pero también la de Alfonso Reyes, la de Witold Gombrowicz, la de Roger Caillois y la de Virgilio Piñera. Estamos volando en círculos de fuego y sólo Dante los comprende.

Y qué decir sobre la devoción filológica de Xavier Villaurrutia por los *Sonetos* de sor Juana Inés de la Cruz. De su defensa a Juan Ruiz de Alarcón vituperado y despreciado por la crítica española de principios de siglo enarbolada, nada menos y nada más que, por el mismo José Bergamín, el editor de *Laurel*. Su excelente *Introducción a la poesía mexicana* que impactaría hondamente en la perspectiva posterior de la crítica con respecto al fenómeno poético en nuestro país. Ya que en esta introducción Villaurrutia dejará asentadas las huellas que la crítica, a veces por coincidencia y otras por pereza, no se cansará de repetir: "su apartamento, su soledad, su aristocracia, su tono íntimo de confesión, su carácter reflexivo y meditativo,

su color y su hora.” Estos juicios de Xavier Villaurrutia fueron hallazgos, clarificaciones de una tradición que se iba definiendo como tal. Pero tal fue su impacto que se quedaron como cartas inamovibles e indiscutibles de presentación, como verdades únicas de carácter escolástico. Y la crítica posterior, salvo honrosas excepciones, las ha venido repitiendo sin ningún sentido crítico, valga la redundante paradoja.

Fechaado entre 1925 y 1926, pero editado hasta 1928, encontramos ese seductor y sonámbulo relato titulado *Dama de corazones*. Con mucho la mejor prosa de ficción de Xavier Villaurrutia dentro de su escasísima obra bajo este sesgo. César Moro, poeta peruano en francés y en mucho menor medida en español, y amigo de Villaurrutia -quien también cumple este año su centenario- escribió sobre el surrealismo lo siguiente: formas diversas y delirantes de aerolito sobre una sábana de sangre transparente que agita el viento nocturno sobre el basalto ardiente del insomnio. La fiesta propositiva, más llena de inventos, de ingeniosidades que de hallazgos y descubrimientos, que había iniciado a principios de siglo con el dadá y el futurismo hacia erupción, en la década de los veinte, con el surrealismo. La escritura automática, la asociación libre, el *collage*, el azar y la dimensión de la realidad onírica se convirtieron en instrumentos, medios, procedimientos para activar la trasgresión que toda obra de arte debe contener. La obra como reflejo de la autonomía absoluta del arte y de la libertad total del artista. Sin embargo, ante tal aparente desarreglo de los sentidos: la puerta huera del facilismo, la estéril condición de lo formulario. Y el arte, el verdadero arte no soporta la fórmula, sino que surge del misterio y crece con él. De ahí que la obra se pueda comprender, jamás explicar. Lo que se llega a explicar y analizar es el poema, nunca la poesía. Octavio Paz escribió que le debió a Xavier Villaurrutia el saber distinguir la inspiración de la facilidad y a no confundirla con el procedimiento.

Villaurrutia tomó aquello que le brindaba su época, es decir, el estilo de su tiempo (las vanguardias y, con ellas, el surrealismo). Lo cribó todo a partir de sus necesidades creativas más urgentes y lo volvió su “letra”, al decir de W.H. Auden; lo transformó en expresión justa y precisa. Los materiales poéticos y los recursos formales, en Villaurrutia -como ya vimos en el caso del *Nocturno de los ángeles*-, gracias a una paciente y meticulosa vigilancia amorosa se convierten en poemas, en hallazgos, descubrimientos, y no en meras invenciones. El surrealismo, como lo vemos a través de

Dama de corazones, fue un recurso más en las búsquedas exploratorias de Xavier Villaurrutia, nunca un fin que parcelara y definiera su expresión lírica. Por el contrario, si atendemos tanto a su obra lírica como a su obra crítica nos daremos cuenta que la intención creativa de Villaurrutia no fue la de refugiarse en un mundo de naturaleza onírica, sino la de integrar el mundo de los sueños con la realidad diurna por medio de un estado insomne de implacable vigilia. Su duermevela, su “silencio desierto como la calle antes del crimen”, está poblada de presencias desencadenantes que igual son resultantes, consecuencias de una vida apasionada que la lúcida conjura por construir un mundo, no aparte, sino en espeso y sensual diálogo con la realidad de todos los días. Decir que el universo lírico de Xavier Villaurrutia está flaco de sensualidad es un exceso que se ha venido repitiendo sin ahondar en esas presencias marmóreas que, en su desquiciante frialdad, acusan el fuego de la carne, la exigen a cada instante como única redención posible, como único puerto a llegar, como “esa realidad poética que podemos llamar la presencia de una ausencia,” como él mismo lo escribiera en su presentación a la “Exposición de Arte Moderno”, de 1932.

Pero en este reclamo, en este desasosiego de enfrentarse constantemente con el silencio insomne que antecede el instante del crimen, la traducción significó otro camino de exploración, de entrega amorosa donde la pasión se deleitó con la inteligencia y la hizo suya para fundar el espacio donde la sensualidad es una forma de dicha inteligencia. Sin embargo, y pese a haber traducido a William Blake (*Matrimonio del cielo y el infierno*, 1929 y 1942), Xavier Villaurrutia era un desencantado de la traducción de poesía. No creía en ella: “la traducción de la poesía es siempre un trabajo melancólico. Los frutos de la cosecha son pálidos, convencionales muestras; basta hincarles el diente para recibir un zumo sin sabor ni perfume, una ausencia en vez de una presencia deliciosa. La transfusión de sangre de un idioma a otro, posible cuando se trata de una obra escrita en prosa, no lo es cuando de poesía se trata.” Congruente a su credo fue su labor como traductor. De André Gide: *El regreso del hijo pródigo* y *La escuela de las mujeres*, esta última en colaboración con Antonieta Rivas. De Luigi Pirandello: *La vida que te di*, en colaboración con Agustín Lazo. De Paul Morand: *Viaje a México*. Y de Jean Giraudoux: *Judith*, en colaboración con Agustín Lazo. Nunca más la poesía. Su respeto y conocimiento por el trabajo mayor y su profunda fascinación por el misterio y el secreto que

conlleven todo poema lo inhibieron al acto sacrilego -en el mejor de los casos-, estéril -en el más- de volver a intentar la traducción de poesía. La pasión, sin duda, de la difícil libertad del poeta, fue la brújula que guió la vida de Xavier Villaurrutia; el testimonio de ésta fue su obra.

Sin duda alguna uno de nuestros grandes poetas es Xavier Villaurrutia.

Nocturno de los ángeles

A Agustín J. Fink

Se diría que las calles fluyen dulcemente en la noche.
Las luces no son tan vivas que logren desvelar el secreto,
el secreto que los hombres que van y vienen conocen,
porque todos están en el secreto
y nada se ganaría con partirlo en mil pedazos
sí, por el contrario, es tan dulce guardarlo
y compartirlo sólo con la persona elegida.
Si cada uno dijera en un momento dado,
en sólo una palabra, lo que piensa,
las cinco letras del DESEO formarían una enorme cicatriz
luminosa,
una constelación más antigua, más viva aún que las otras.
Y esa constelación sería como un ardiente sexo
en el profundo cuerpo de la noche,
o, mejor, como los Gemelos que por vez primera en la vida
se miraran de frente, a los ojos, y se abrazaran ya para siempre

De pronto el río de la calle se puebla de sedientos seres,
caminan, se detienen, prosiguen.
Cambian miradas, atreven sonrisas,
forman imprevistas parejas...

Hay recodos y bancos de sombra,
orillas de indefinibles formas profundas
y súbitos huecos de luz que ciega
y puertas que ceden a la presión más leve.

El río de la calle queda desierto un instante.

Luego parece remontar de sí mismo
deseoso de volver a empezar.

Queda un momento paralizado, mudo, anhelante
como el corazón entre dos espasmos.

Pero una nueva pulsación, un nuevo latido
arroja al río de la calle nuevos sedientos seres.

Se cruzan, se entrecruzan y suben.

Vuelan a ras de tierra.

Nadan de pie, tan milagrosamente
que nadie se atrevería a decir que no caminan.

¡Son los ángeles!

Han bajado a la tierra

por invisibles escalas.

Vienen del mar, que es el espejo del cielo,

en barcos de humo y sombra,

a fundirse y confundirse con los mortales,

a rendir sus frentes en los muslos de las mujeres,

a dejar que otras manos palpén sus cuerpos febrilmente,
y que otros cuerpos busquen los suyos hasta encontrarlos

como se encuentran al cerrarse los labios de una misma boca,

a fatigar su boca tanto tiempo inactiva,

a poner en libertad sus lenguas de fuego,

a decir las canciones, los juramentos, las malas palabras

en que los hombres concentran el antiguo misterio

de la carne, la sangre y el deseo.

Tienen nombres supuestos, divinamente sencillos.

Se llaman Dick o John, o Marvin o Louis.

En nada sino en la belleza se distinguen de los mortales.

Caminan, se detienen, prosiguen.

Cambian miradas, atreven sonrisas.

Forman imprevistas parejas.

Sonríen maliciosamente al subir en los ascensores de los hoteles
donde aún se practica el vuelo lento y vertical.
En sus cuerpos desnudos hay huellas celestiales;
signos, estrellas y letras azules.
Se dejan caer en la camas, se hunden en las almohadas
que los hacen pensar todavía un momento en las nubes.
Pero cierran los ojos para entregarse mejor a los goces de su
encarnación misteriosa,
y, cuando duermen, sueñan no con los ángeles sino con los
mortales.

Los Ángeles, California.

NOVELA COMO NUBE. UNA NOVELA LÍRICA DE GILBERTO OWEN

Lic. Ludivina Cantú Ortiz
Facultad de Filosofía y Letras
UANL

*Palabra que no sabes lo que nombras.
Palabra, ¡reina altiva!
Llamas nube a la sombra fugitiva
de un mundo en que las nubes son las sombras.*
Xavier Villaurrutia

Experimentación, pero más que experimento, juego. Estos dos conceptos definen la postura de Gilberto Owen en *Novela como nube*, y no sólo de Owen; sino de todos los Contemporáneos que participaron del auge novelístico. Frente a la novela de la revolución surge la ¿novela experimental?, diremos mejor la prosa novelística de los Contemporáneos. Posterior a la poesía y anterior al teatro, como dice Sheridan, se da un auge prosístico entre 1924 y 1928; periodo en el que surgen *Margarita de niebla* de Torres Bodet (octubre de 1927), *Dama de corazones* de Xavier Villaurrutia (abril de 1928) y *Novela como nube* (julio de 1928). *La llama fría* de Owen había aparecido en 1925, convirtiéndose así en el iniciador de la prosa narrativa del grupo.

También en este ámbito los Contemporáneos suscitaron polémica y fueron el blanco de agudas críticas por parte de los *viriles*.